

de aquellas ocupaciones que aparentemente ocasionan mayor distraccion á nuestro espíritu; y léjos de desvirtuarse con la repeticion, van, por el contrario, creciendo en intensidad y eficacia; y para ejecutarlos, no se requiere hacer ningun esfuerzo: hasta es un placer para nuestro ánimo el emplearnos en tan santa ocupacion. Así es que, cuando comparamos semejantes verdades con nuestra conducta relativa á la ejecucion de los susodichos actos de amor divino, no parece sino que estamos viendo visiones extrañas; porque apénas es creíble, que siendo evidentemente cierto cuanto acabamos de exponer acerca de las excelencias y grandezas de dichos actos internos de amor de Dios, permanezcamos, con todo eso, en el mismo estado de siempre. ¡Cuán increíble no es la dureza de nuestro corazon, la cual llega, permítasenos la expresion, á competir, á rivalizar con el exceso del amor de Dios nuestro Señor! ¡Venga, pues, luego á enseñorearse de nuestra alma aquel hermoso y regalado espíritu de reparacion, que innumerables Santos tuvieron la dicha inefable de gozar cual herencia propia, y desagraviemos á la Majestad soberana del Altísimo, extrayendo así, de flores amargas, miel muy dulce y exquisita; y de esta suerte, el escaso amor que

profesamos á Dios, por medio de semejante privilegio inefable de reparacion, nos ofrecerá muchos otros recursos para amarle cada dia con más fervor! ¿Quién, pues, se atreverá á decir que todas estas cosas no están ordenadas en beneficio del amor?

#### SECCION IV.

##### *Conocimiento y amor de las perfecciones divinas.*

A fin de adquirir una idea clara y distinta acerca de los afectos de Alabanza y Deseo, paréceme necesario entrar de lleno en la cuestion relativa á la naturaleza del amor de Dios y de sus diferentes especies y manifestaciones: semejante exámen, léjos de apartarnos de nuestro asunto, arrojará, por el contrario, no poca luz sobre varios de los capítulos que llevamos escritos en la presente obrita. En efecto, si TODO POR JESÚS es lo mismo que TODO POR AMOR, entónces, claro está, que el amor divino ha de ser el verdadero objeto de este nuestro tratado. Ya llevo indicado arriba, que el amor que los teólogos llaman de concupiscencia, no es otra cosa más que un santo anhelo por gozar de Dios nuestro último fin,



nuestro bien soberano y nuestro galardón inefable y eterno; cuyo afecto es semejante á aquel encendido deseo que movió á San Pablo á exclamar:—*Deseo verme libre de las ligaduras de la carne y vivir en compañía de Jesucristo*:—amor que debemos trabajar por mantenerle vivo en el fondo del corazón durante toda nuestra vida mortal, aunque algunas veces no nos conceda el Señor el don singular de sentirle sensiblemente.

Leemos en las *Revelaciones de Santa Gertrudis* un pasaje bastante notable, el cual, al propio tiempo que nos muestra cuán agradable es á Dios semejante deseo de verle y poseerle en la gloria del cielo, sirve asimismo para ilustrar aquella fuerte inclinación que sienten la mayor parte de las personas devotas por visitar y contemplar, con la lumbre de la fe y los ojos de la carne, el Santísimo Sacramento del Altar:—La fué, pues revelado, que cuantas veces mira una persona con vivo deseo y devoción la Hostia consagrada donde se halla oculto el Cuerpo de Cristo bajo las especies sacramentales, otras tantas aumenta su mérito en la patria del cielo; que en lo futuro, la Vision Beatífica de Dios le procurará por toda la eternidad otros tantos especiales gozos accidentales, cual brillantes

aureolas de su corona inmortal, como veces, viviendo en la tierra, contemplara y mirara con encendido afecto y devoción el Sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor, realmente presente en la Hostia consagrada, ó al ménos *deseara* practicarlo así—lo cual hace grandemente á nuestro propósito,—y no la fuese racionalmente posible ponerlo en ejecución. (1) Así es que Lanciaño cuenta entre sus devociones especiales para la Octava del Corpus Christi el oír la Misa donde podáis ver la Hostia colocada sobre los corporales; ó si esto no fuese asequible, fijar en ella, siquiera mentalmente y con profundo respeto, los ojos del alma: ¡tan necesaria es en la religión cristiana la familiaridad para alcanzar la reverencia! Observad asimismo, que se dice en el referido pasaje, que Dios concede igual galardón, no ménos al deseo de mirar con ojos devotos la Hostia consagrada, que á la acción misma de estarlo así actualmente ejecutando; lo cual explica cómo las notables palabras de San Lorenzo Justiniano no fueron ninguna exageración devota, cuando decía:—«Perseveremos constantes en nuestras oraciones, para que se nos otorguen diariamente nuevos y más

(1) Lib. IV.—cap. 25.



regalados dones y dádivas graciosas; porque no raras veces suele acontecer, que aquellos que los méritos no pueden conseguir, lo alcance la intencion de los deseos. Efectivamente, es tanto el regocijo que Dios recibe en las oraciones de aquellos que le ruegan con encendido fervor, que oye benigno aun sus mismos deseos, siempre que nazcan de un corazon sencillo, de mente humilde y devocion piadosa: que reuna, pues, la oracion estas tres condiciones, y entónces, no lo dudeis, cualquier cosa que el hombre pida segun Dios, lo alcanzará ciertamente del Padre de las luces y de su Hijo Jesucristo.»

« Aquello que no es conocido, dice San Agustin, es imposible que sea amado:—*Non enim diligitur nisi cognitum*: no se ama sino aquello que se conoce;»—y Santo Tomas desenvuelve dicho axioma de un modo muy admirable en la *Secunda Secunda*. El conocimiento de Dios nos lleva á aquellas superiores especies de amor divino, que son indispensables para ilustrar nuestro asunto relativo á la Alabanza y el Deseo; así es que me veo en la precision de daros una descripcion de Dios, lo cual parece, ciertamente una enorme extravagancia:

Dios es una sustancia simplicísima, sin cuer-

po ni composicion de partes, y no poseyendo cosa alguna prestada: es bueno sin cualidad, grande sin cantidad, Criador sin necesitar de nadie, inmenso sin ocupar lugar, eterno y sin término, inmutable y mudándolo todo: es bueno con una bondad infinita, bueno para todas las criaturas y señaladamente para los hombres: es infinito en la muchedumbre de perfecciones, é infinito en la intensidad y magnificencia de las mismas: es inmenso, y está presente en todas las cosas de diferentes maneras, sin contraer mancha ni imperfeccion alguna: es inmutable, y su eternidad le defiende del tiempo, su inmensidad del cambio del lugar y su sabiduría de la mudanza de designio: es eterno sin principio ni fin, y eterno con una vida que existe total y simultáneamente, y con una perfecta posesion de sí misma: es uno con la unidad incomparable de su divina Naturaleza, y el más grande interes del hombre sobre la tierra consiste en que no sea sino un solo y único Dios: es la soberana pureza, la santidad inefable y la más esclarecida belleza: está siempre en un continuo y adorable reposo, nada puede acercársele que sea capaz de alterar su calma apacible: es conocido por la razon, por la fe y por la gloria,



y con todo, es incomprensible á la razon, y á la fe, y á la gloria: su nombre es el Dios inefable: su ciencia sobrepuja á todo humano encarecimiento, y es el origen de su gozo indescriptible: su Sér es la misma verdad por esencia: su vida es la fuente inagotable de la vida: su voluntad es adorable, inmaculada, soberana: su libertad, sin paralelo é inexplicable: su amor á las criaturas es eterno, constante, gratuito y singular: su misericordia es un piélago insondable, así de las más dulces y hermosas compasiones y condescendencias, como de los más delicados juicios y las más tiernas recompensas: su justicia es irreprehensible como su santidad, y tan benévola como su misericordia: su poder es ilimitado y lleno de amor, y su gloria, inaccesible á las miradas del misero mortal. Pero todas estas perfecciones no son atributos realmente distintos, sino que Él mismo es todas las excelencias juntas y el único Sér omnipotente, Tres Personas iguales, coeternas, consustanciales y un solo Dios verdadero. Tal es, pues, en el árido lenguaje de las escuelas, pero más sublime que la poesía, la descripción de Aquel que es nuestro Padre amoroso y compasivo, Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos: Amen.

¿Quién es capaz de leer una descripción semejante, sin que al punto no comprenda la estrechísima obligación que tiene de tributar á tan gran Señor un eterno y rendido vasallaje? El soberano Monarca de la majestad y de la gloria imposible es que reine en un corazón dividido; porque ¿quién es el hombre, para que se atreva á compartir con Él el trono? ¿qué otra cosa más que amor puede ser nuestra religión? ¿con qué otro culto podemos honrarle? Así es que cuando nos hemos atrevido á poner en Él toda nuestra confianza, entónces ya le tributamos las debidas adoraciones. ¿Son, pues acaso, los divinos atributos, sino los círculos del remolino de ese insondable Océano, que nos arrastran tras sí, prendándonos con el dulce encanto y la fascinación embelesadora de su hermosura, tan hechicera é inefable, que roba los corazones? ¿Qué podemos hacer, pues, al contemplar semejantes excelencias y grandezas, sino exclamar con San Francisco de Sales:—«Oh Bondad soberanamente infinita! ¡Oh Dios infinito soberanamente bueno!» Sépase, con todo eso, que semejantes áridas definiciones de los atributos divinos, inflaman nuestros corazones con el fuego del tierno amor de Dios, únicamente en proporción al calor y la luz que en ellas comunica y enciende el



Espíritu Santo; pero una vez así inflamada nuestra voluntad, como tiempo hace lo ha estado la vuestra, solícitanos entónces no solo á suspirar por Dios, como nuestro propio Bien soberano; sino tambien á desear alguna otra cosa más que la simple posesion de tan rico tesoro. Mas veamos primeramente qué ventajas resultan de este suave y delicioso conocimiento de Dios, en donde gusta la voluntad lo que percibe el entendimiento.

Si Dios no puede ser amado á ménos que ántes no sea conocido; si ha dado asimismo la existencia á todas las criaturas racionales, con el fin expreso de comunicarse á ellas y que ellas le amen, infiérese, pues, que importa grandemente á la gloria de Dios, que sean conocidas sus divinas perfecciones y atributos, señaladamente su infinita bondad y hermosura. Así como dijo nuestro Señor, que luego que fuese levantado en alto atraeria todas las cosas á sí; de la misma manera, cuando la divina Majestad va apareciendo y desenvolviéndose delante de los ojos de los hombres, los corazones de la generalidad son dulcemente atraidos hácia ella rebosando afectos de adoracion y reverencial amor; y como la gloria de Dios es uno de los tres objetos que al presente estoy proponien-

do á vuestra consideracion, paréceme necesario que veamos cuánto podemos promoverla, cualquiera que sea nuestro rango, estado ó condicion de la vida, aumentando en aquellos hermanos nuestros, que se nos presenten al paso, las nociones que poseen acerca de la Divinidad.

Es verdaderamente extraño que sea tan escaso el número de personas que meditan sobre los atributos divinos: imagínase la generalidad de los fieles, que apénas se puede conocer, decir ni pensar cosa alguna acerca de dichas perfecciones; y que, de todos modos, son más bien, semejantes excelencias divinas, asunto de alta contemplacion, que no materia de la meditacion humilde, propia de aquellos que empiezan la carrera de la vida espiritual. Si en la consideracion de los divinos atributos fuese menester echar en olvido los misterios de Jesús y las acciones de su sagrada Humanidad, dicho ejercicio devoto no seria entónces, ciertamente, más que una mera ilusion, y como enseña Santa Teresa, ilusion muy peligrosa; pero si realmente parece hasta necesario que la meditacion sobre la sagrada Humanidad de nuestro Señor dulcísimo, si ha de ser fructuosa, vaya siempre acompañada de la consideracion acerca de los divinos atributos: no es extraño, pues, que el Beato Pablo de



la Cruz al fundar la Orden de Religiosas Pasionistas, estableciera que los dos asuntos de su meditacion fuesen la Pasion del Salvador y los atributos divinos. Sin embargo, es desgraciadamente cierto, como indicamos arriba, que en todas las clases de la sociedad rara vez las perfecciones de Dios son materia de sus meditaciones: la generalidad de los cristianos se asombra al oír hablar de las excelencias y grandezas del Criador, y no parece sino que está viendo visiones, escuchando una narracion maravillosa de algunas acciones no reveladas de la vida oculta de Jesús y de su Madre santísima, ó bien oyendo contar algun extraño y prodigioso descubrimiento de la ciencia moderna, que llegase á hacer medio zozobrar nuestros anteriores conocimientos, é introduciendo al pronto en todos ellos una confusion horrible; y hé aquí seguramente la razon por qué Dios es tan poco amado; por qué somos todos nosotros tan flojos, y tan tibios, y tan frios en su divino servicio; por qué, en fin, es tan universal la queja de que entre todas las prácticas devotas, ninguna llega á cansar y fastidiar tanto el ánimo como el dulce y piadoso ejercicio de la presencia de Dios. Pues bien; continuamente se nos están ofreciendo á todos sin excepcion alguna, oca-

siones de decir una palabra acerca de Dios, de hacer que los demas reconozcan su sabiduría infinita, que consideren las excelencias y riquezas de su eterna bondad, que sigan en todo el partido del Omnipotente y comparen el extraño contraste que existe entre lo que su divina Majestad desea, y aquello que la mayor parte de los hombres está actualmente ejecutando. En efecto, á cada paso nos encontramos con personas piadosas y devotas que están dando una falsa direccion á sus instintos; nos lamentamos de la volubilidad y contradicciones extrañas de aquellos sugetos, cuya abnegacion heroica de sí mismos admiramos con indecible alegría de nuestro corazon: semejantes anomalías, entiéndase bien, nacen de no conocer tales gentes á Dios ni discernir la verdadera gloria divina.

Pero aun cuando no se nos ofreciesen semejantes oportunidades de glorificar á Dios, enseñando á nuestros hermanos las excelencias y grandezas del Criador omnipotente y Padre amoroso; constantemente podemos glorificarle, aprendiendo é instruyéndonos nosotros mismos en sus divinos atributos, leyendo y meditando acerca de ellos y ofreciendo sin cesar á su Majestad santísima actos reverenciales y afectuosos de Alabanza y de Deseo; y para ejercitarnos en



tan santa ocupacion, no precisamos á nadie ni siquiera tenemos necesidad de desplegar nuestros labios: le glorificamos asimismo continuamente, mientras estamos practicando actos de admiracion y asombro á vista de las grandezas que resplandecen en su divina Naturaleza, congratulándole por las infinitas excelencias de sus perfecciones, regocijándonos en su hermosura y felicidad soberana, y ofreciéndole, en rendida reparacion, las alabanzas que le deben todas aquellas criaturas que al presente le están rehusando semejantes homenajes: ¡cuánto no podríamos hacer en favor de la gloria de Dios con las ingeniosas invenciones de un amor sufrido, discreto, solícito y asiduo!

No es ménos favorable á los intereses de Jesús la dilatacion del reinado del conocimiento de Dios por toda la redondez de la tierra. En efecto, nuestro divino Redentor vino al mundo para salvar á los pecadores, no solo muriendo por ellos en afrentoso patíbulo, sino tambien haciéndoles conocer á su Padre que está en los cielos:—*Esta es la vida eterna, que conozcamos á Dios y á Jesucristo, á quien Él ha enviado.* Nuestro Señor adorable es el Esplendor de la gloria del Padre y la Figura de su sustancia, y como segunda Persona de la Beatísima Trinidad, el Ver-

bo eterno, el Conocimiento mismo del Padre, por quien fueron criadas todas las cosas y el que fué constituido heredero de todas ellas. Así es que, el publicar á los hombres las perfecciones divinas, ó bien el ponderarlas nosotros mismos, es la obra más agradable á los ojos de nuestro Señor dulcísimo, toda vez que es la imágen de su propia obra, ó mejor dicho, su misma obra, para cuya ejecucion nos permite benigno que seamos cooperadores suyos; constituyen su propia grandeza, son perfecciones del eterno Verbo las perfecciones que estamos publicando ó ponderando: no es, pues, extraño que no haya ninguna devocion más gloriosa á la Persona del Unigénito del Padre, como la de alabar, glorificar y ensalzar las grandezas y esplendores de la Santísima Trinidad.

En el conocimiento de los divinos atributos está igualmente interesada la salvacion de las almas: díganlo sino los convertidos á la Iglesia católica. No es ciertamente el conocimiento y amor á María el principal favor del cielo que se les ha dispensado en el gremio de esa divina sociedad, como falsamente se imaginan aquellos de sus antiguos correigionarios que todavía continúan viviendo en el error: no son tampoco la eficacia de la gracia ni la realidad



de los Sacramentos las más señaladas nociones que han llegado á adquirir en la religion católica, si bien no dejan de ser, en especial las relativas á la doctrina de la gracia, bastante asombrosas y grandemente útiles á su aprovechamiento espiritual. El cambio más singular, el cambio más maravilloso que en ellos se ha obrado desde que tuvieron la dicha incomparable de abrazar el catolicismo, cambio digno de perpetuos loores, es, á no dudarlo, el relativo á los conocimientos de Dios y sus atributos: desde que les cupo la suerte feliz de entrar en el gremio de la santa Iglesia romana, el conocimiento divino, continuamente ha estado aumentando y dilatándose en ellos hasta el punto de que su entendimiento ha llegado, digámoslo así, á anegarse en la inmensidad de semejante piélago de aguas vivas; y el principal fruto de su devocion fervorosa y entusiasta á la Reina de los Ángeles ha sido enseñarles á conocer más y más cada dia á Dios nuestro Señor, y á glorificarle y engrandecerle con los tiernos afectos de su corazon: cuando vuelven la vista atras y contemplan aquellos antiguos dias de error, páreles que su ignorancia, no consistia tanto en la falta de estimacion á María y al Santísimo Sacramento, ó en el menosprecio á las peniten-

cias y purgatorio, sino principalmente al bajo concepto que tenian formado acerca de Dios; y considerando esta su vida pasada, se ven involuntariamente movidos á exclamar: *¡Ay! ¡yo no creia en Dios!* y semejante grito, arrancado del fondo del alma, dificilmente sea una exageracion devota.

Entónces descubren por primera vez,—pues que á no dudarlo es un verdadero descubrimiento—cuán sólida es la religion, y cuán dulce, cuán precioso y regalado el conocimiento de Dios: semejantes nociones sobre la Divinidad hacen que ante sus ojos cambien enteramente de aspecto la vida, las aflicciones, las adversidades, los sufrimientos, los dolores y los trabajos: son una fuente perenne, que constantemente está manando dentro de su espíritu aguas frescas y cristalinas que refrigeran su ánimo; ó como dice el Profeta, *La sombra de una gran roca en medio de un desierto solitario*; y no solo derraman sobre todas sus potencias una indecible suavidad y dulzura, sino que tambien les infunde brios y fuerzas para hacer y sufrir.

Apénas, sí, tiene el hombre una lijera idea de la excelencia y grandeza de la obra que está ejecutando, cuando aumenta en los prójimos, por poco que sea, el conocimiento que